

AL OTRO LADO DEL MURO

Calor, desorientación, zumbido de oídos, la lengua hinchada pegada al paladar, en el aire caliente pesa el silencio.

Dolor. Duele recordar, el niño, ella y él, hacinados en el camión, cruzando los páramos del Ebro.

Los separaron de los otros, les asignaron unos guías. No le gustó nada su aspecto, su huidiza mirada. No podían elegir.

Se quedaron con todo su dinero. “*Cruzaremos el desierto de los Pirineos*” – dijeron - “*por viejas rutas de contrabandistas*”. Los abandonaron de noche y se llevaron el agua.

Vagaron sin rumbo bajo el terrible sol, El niño lloraba, luego calló. Ya no pueden caminar. Yacen sobre el polvo, bajo la estrecha sombra que proyecta una roca. No sabe cuanto hace que ella no contesta.

Su padre le contó que no siempre fue así, “*antes*” – dijo - “*nosotros estábamos al otro lado del muro*”.

Bromas de la fortuna. Les tocó un mal sitio para el cambio climático.

Poco antes de hundirse en el pozo de la oscuridad, en la dulzura del olvido, abre los ojos y ve, recortándose en el brillante azul, un bando de cigüeñas que moviéndose en un espacio que no cierran las rayas rojas de los mapas políticos, majestuosamente, ejercen su natural DERECHO A MIGRAR